

Argentina: un peronismo a la medida de los militares

Rogelio García-Lupo Periodista argentino, corresponsal de "El Nacional", Caracas; "El País", Madrid.

El destino de la Argentina fue jugado en media docena de reuniones secretas de generales y sindicalistas durante la segunda y la tercera semana de abril, que concluyeron con un acuerdo global para que el próximo gobierno sea peronista.

Cómo fue posible que los altivos generales antiperonistas de 1976 llegaran a sentarse en la misma mesa que los sindicalistas a quienes persiguieron y, sin duda, continúan despreciando, es el tema de este análisis. Qué clase de peronismo los militares argentinos ayudarán a que tome forma, es una parte inseparable del mismo análisis, y que en el movimiento de presiones y contrapresiones que llevó a las dos partes hasta el acuerdo político, los generales demostraron que están menos derrotados de lo que parece. La derrota incondicional ante los británicos no es simétrica de la derrota incondicional en el frente interno, y los sindicalistas se prepararon para discutir los roles respectivos sabiendo de antemano que los comandos de las tres armas han retenido una cuota determinante del poder.

Aunque ninguno de los jefes sindicales se atrevería a admitirlo, fueron a los cuclaves con los mandos militares sabiendo que éstos esperan su fuerte contribución al apaciguamiento del frente interno y se han resignado a que solamente los gremialistas estén en condiciones de asumir la tarea.

La multipartidaria no ha logrado revitalizar a los partidos

Desde el mismo momento de la rendición incondicional en las Malvinas, los partidos políticos recibieron de hecho la misión de moldear bajo su orientación a las tensiones que tanto la recesión como la guerra habían movilizad. El objetivo era que los partidos impidieran que las tensiones se volvieran ingobernables y que el poder militar no tuviera en algún momento con quien negociar las nuevas condiciones de la recomposición política de Argentina.

Nadie ignora que los partidos políticos vivieron una situación especialmente negativa durante los últimos siete años, y los primeros en saberlo son los mismos militares que desde el poder fomentaron su destrucción. De manera que depositar en los partidos políticos, previamente centrifugados, esa responsabilidad, fue apostar a un fracaso seguro.

Lo cierto es que el espacio político que dejó el gobierno militar, jaqueado por la derrota en la guerra y la crisis económica, no pudo ser llenado por los partidos sino en muy pequeña medida. La formación de la "Multipartidaria" con peronistas, radicales, desarrollistas, intransigentes y democristianos, poco después que finalizara la guerra en el Atlántico Sur, procuró disimular la debilidad de cada fuerza política, pero no lo logró. En abril de 1983 los militares no ocultaron su desilusión cuando descubrieron que, por el contrario de una aglutinación de las fuerzas civiles, se habían registrado 431 partidos políticos¹ en todo el país. Lejos de expresar la adhesión de 15 millones electores potenciales a una variedad tal vez excesiva de posiciones, solamente unos tres millones de personas, distribuidas en tantos partidos, pusieron en evidencia la atomización de la vida partidaria que tiene lugar en la Argentina y, por contraste, la inquietante marginalidad de las mayorías.

Cuando los militares confirmaron que el partido centrista mejor organizado, La Unión Cívica Radical, apenas había obtenido 1,4 millones de adherentes, y que el peronismo bordeaba 2 millones, a pesar de su indudable presencia masiva, estuvieron a un paso de llamar a los sindicalistas.

Lo hicieron, en efecto, al día siguiente. El razonamiento es sencillo: los gremialistas demostraron que están en condiciones de paralizar a la Argentina usando la huelga general, un recurso al que se pliegan plásticamente y sin vacilar las empobrecidas clases medias que, sin embargo, no denotan interés por adherirse a los partidos políticos, ni siquiera al peronista.

Las madres de Plaza de Mayo: una gran fuerza moral

Pero el cuadro quedaría incompleto si la explicación déficit político de los partidos se limitara a su incapacidad para crecer. Es que por una combinación de factores históricos y sociales, que lo dejaron en evidencia, los partidos que no consiguieron ocupar el espacio abandonado por los militares tampoco pudieron impedir que este espacio fuera ocupado por las organizaciones de los derecho humanos, que rodean al núcleo de "Madres de Plaza de Mayo". Estas organizaciones reclaman la reaparición con vida de unas 20 mil personas desaparecidas en el curso de acciones militares de años recientes. Cómo pudieron las "Madres de Plaza de Mayo" apoderarse del centro neurálgico de la política argentina no es un misterio tan profundo como los servicios de inteligencia militar pretenden. Simplemente, porque la movilización de las "Madres" contó con la dosis de indignación, fuerza moral y obstinación que los partidos no tienen, lo que no está dicho como reproche sino como un dato objetivo de la realidad argentina al que es preciso tomar en cuenta.

¹ La información proporcionada por el gobierno militar en forma oficial deformó la realidad, ya que los grandes partidos reconocidos en los 24 distritos figuran 24 veces en el total. La cantidad real es, sin embargo, superior a 200.

La raíz de esta original situación tal vez deba buscarse en que buena parte de los crímenes no se cometieron contra peronistas, radicales o comunistas, ni aún contra "montoneros", sino contra una masa políticamente heterogénea, y hasta neutral en muchos casos, que fue arrastrada por la represión indiscriminada y triturada en los campos de concentración y las cárceles secretas.

El motor de este movimiento es el reclamo de justicia de millares de personas que tienen motivo para desconfiar de la explicación que recibieron sobre la desaparición de sus parientes, lo que es el caso de quienes sabían que sus hijos o esposos libraban la guerrilla rural o el terrorismo urbano. En estos últimos, prevalece el sentimiento de que cierta lógica se cumplió y que quienes empuñaron armas sólo podían esperar la muerte, si no alcanzaban la victoria.

El resultado de aquella brutal aunque ciega represión de los militares es que ninguna corriente política ha podido sintetizar la dirección de los reclamos, y que éstos han crecido hasta ocupar el centro de la atención pública. Las "Madres" son una fuerza externa a los partidos y, ciertamente, enemiga del régimen militar. Pero, ¿cuál podría llegar a ser su postura ante el próximo gobierno civil?

La pregunta se la hicieron los líderes políticos pensando en que una fuerza moral tan contundente, pero encarnada en un activismo extrapolítico, podría resultar peligrosamente disolvente para el régimen constitucional futuro. Si las "Madres" presentaran su reclamo al presidente civil y no recibieran a sus parientes "con vida", podría desencadenarse una corrosiva relación de ellas con el gobierno, que todos conocen en Argentina por la experiencia reciente.

Los militares están hipnotizados con estos crímenes, y es inútil llamar su atención sobre cualquier otro tema, por alto que sea el significado político, económico o social.

Seguramente, es a causa de que fueron cometidos por un número desproporcionado de jefes y oficiales, aprisionados deliberadamente por "pactos de sangre" que tuvieron como propósito bloquear el desenlace político, es decir, la democratización misma de la Argentina. Pero más allá de las causas, importa ahora el resultado sobre la conciencia colectiva de las fuerzas armadas, para las que es esencial dejar el gobierno a quien pueda discutir esta tragedia con ellas, y cumplir después, más allá de la presión moral y las reclamaciones.

Pacto militar-peronista: ¿instinto de conservación?

Fue en este punto donde los generales reconocieron que solamente un gobierno peronista podría contar con poder suficiente.

Desde ese momento la cuestión es conocer hasta qué punto el peronismo podrá mantener bajo su control el debate público del tema, hasta qué límites podrá extender un acuerdo básico que por un lado responda al reaseguro que los militares solicitan, sin corromper, como contrapartida, la ancha base de confianza que sigue explicando su prestigio entre las masa argentinas.

La reformulación del papel histórico del peronismo entre los militares ha venido desenvolviéndose juntamente con la necesidad política de encontrar junto a ellos una salida de la encrucijada que los atormenta.

Poco antes del golpe de Estado de 1976, un joven general recién ascendido me explicó que los sindicalistas estaban compitiendo seriamente con los militares para quedarse con el poder, y que impedirlo había dejado de ser posible con el sencillo derrocamiento peronista. El joven general pensaba entonces que era necesario remover los cimientos del poder sindical, lo que solamente podría alcanzarse reduciendo el volumen de la industria nacional, que de tal manera ocuparía contingentes menores de trabajadores, lo que a su vez rebajaría el número de los cuadros sindicales. Aunque entonces parecía una utopía, esta fue la justificación **interna** de la política económica que el régimen militar empleó en siete años de metódica liquidación de la industria nacional.

Pero siete años más tarde, el mismo general (ahora retirado, y ejecutivo de una importante industria castigada por la crisis) me ha explicado que la experiencia sirvió en muchas direcciones, si bien la más valiosa es ésta: que el sindicalismo argentino demostró una resistencia a la contaminación del marxismo a pesar de la adversidad, suficiente para confiar en que su papel de moderador de la sociedad se cumplirá a conciencia. Su conclusión es que, aunque el próximo gobierno constitucional deberá ser peronista, lo importante es que la jerarquía sindical se comprometa con el proyecto.

Hay, sin duda, una cuota de voluntarismo considerable en esta forma de ver la coyuntura, pero el voluntarismo está presente en todas partes, y algo más en la Argentina, donde la guerra de las Malvinas siempre servirá de ejemplo.

Los militares argentinos no libraron la Segunda Guerra Mundial, pero en 1945 la habían perdido junto con Hitler. En 1982, los militares confiaron que Estados Unidos impediría una guerra por las Malvinas, pero Washington apoyó a Gran Bretaña y en poco tiempo también perdieron esta guerra. Aquella derrota en la guerra que no habían combatido hizo posible el ensayo populista encarnado por Perón y tolerado algún tiempo por generales antidemocráticos y hasta pronazis, a quienes les pareció ingenioso el proyecto peronista de extender las reformas sociales internas para descargar las presiones políticas externas.²

² Las reformas peronistas, que primero fueron recibidas como táctica para obtener respaldo interno, pronto provocaron el rechazo de muchos jefes y oficiales incluso algunos que estaban muy cerca de Perón, que se volvieron sus enemigos.

Una tendencia escasamente autocrítica, como aquella de 1945, pero de instintivo oportunismo es la que en esta posguerra empuja a los militares nuevamente a reconstruir sus puentes con el movimiento obrero, otra vez para reforzar el frente interno y resistir el bloqueo internacional.

La historia se repite

Apenas concluida la guerra de las Malvinas, una verdadera avalancha de altos mandos se precipitó hacia el peronismo, impaciente por concretar una alianza política cuya instigación verdadera nace del instinto de conservación antes que de la experiencia histórica. Más allá del patriotismo de algunos, o de la preocupación de otros, el conjunto de las armas dio su apoyo incondicional del plan monetarista de Martínez de Hoz, que reunía lo útil con lo agradable: la promesa de integrar sólidamente la economía a la de las grandes naciones capitalistas, y la liquidación de los trepadores sindicalistas que amenazaban la hegemonía militar.

Los militares no ignoran que los sindicalistas desconfían de sus intenciones, pero tienen la certeza de que los jefes gremiales no pisan del todo firme sobre el oscuro tembladeral de industrias cerradas y desocupados en cuyo nombre actúan como vicarios.

Existe en la Argentina una perniciosa tendencia a repetir la historia, como una interminable espiral, y la posguerra de las Malvinas ha sido visualizada por muchas personas como la nueva versión de la posguerra europea, aquella vez que los generales de Buenos Aires tuvieron que resignarse a buscar el apoyo de las masas para romper el bloqueo internacional. Los gestos desesperados de Galtieri para atraer a los trabajadores por medio de la convocatoria nacionalista de la redención de la soberanía en las Malvinas, en marzo de 1982, fueron la expresión de esta tendencia subterránea de los militares, a pesar de la flagrante incoherencia de hacerla convivir con su condición del "más mimado de los norteamericanos", según propias palabras.

Pero, aunque los militares no han podido interpretar la guerra sino dentro de su romántica percepción de la historia como una gigantesca conspiración mundial, las masas que han sufrido las consecuencias de sus repetidos fracasos ya extrajeron sus propias conclusiones. Es por esta causa que mientras los estados mayores continuaban procurando explicar la guerra de las Malvinas como la desafortunada aventura del general a quien siempre se dibuja con el vaso de whisky en la mano, el pueblo argentino no reniega de la guerra como una acción nacional anticolonialista. Este sentimiento es el nuevo piso político a partir del cual deberá interpretarse la política argentina, del mismo modo que las condiciones de la paz de Versalles fueron las que marcaron más honda y dramáticamente la historia alemana de este siglo.

Los militares desearían utilizar al sindicalismo para apuntalar el statu quo, reconstruir las alianzas diplomáticas con Washington, hacer las paces con Londres y fundar un peronismo recalentado que aleje a las masas del marxismo y preserve el poder de las fuerzas armadas. Al servicio de este objetivo han puesto su propia interpretación de la historia como una conspiración intermitente, la inocultable debilidad de los partidos y el temor de los jefes gremiales ante las señales de descontento que reciben desde abajo.

Pero un peronismo dispuesto a prestar tan exquisitos servicios dejaría sencillamente de existir, es decir, no podría prestarlos aunque quisiera hacerlo. Por eso al pactar con los sindicalistas para que la Argentina sea gobernada por el peronismo desde 1974 en adelante los militares argentinos creen como Franco antes de morir haber dejado "la vaca bien atada" y los demás, modestamente, sólo esperan que la historia fluya libremente.